

cia en el pueblo de todos los poderes, y la emanacion de todos los poderes desde el derecho del pueblo; junto á la democracia, la aristocracia de los títulos ridículos, de los tratamientos bizantinos; el derecho de manifestacion abajo, y las quintas mantenidas arriba contra todas las manifestaciones; el reinado de la opinion proclamado, y nuestros males recrudescidos y los presupuestos aumentados, el despilfarro creciendo, la Hacienda en la agonía, y la bancarota inminente; espectáculo que hiere con sus contradicciones la vista, el corazon y la conciencia.

Todas estas dificultades podrian dulcificarse un tanto si hubiera á la cabeza del Gobierno el verdadero hombre de Estado exigido por la situacion, el hombre de Estado que se orientára en el polo inmóvil de las ideas, y tratase de realizar la política salvadora que en las ideas se anima. Nuestro destino adverso quiere que no salgamos nunca de soldados valerosísimos, excelentes en la guerra, incapaces en la paz. Entre éstos ninguno más soldado, ninguno más valeroso, ninguno más heróico que el Sr. Duque de la Torre; ninguno, por tanto, más inhábil. Ha confundido el Duque de la Torre completamente la Presidencia del Consejo de Ministros, un cargo de accion y de responsabilidad, con la Regencia del Reino, un cargo de inaccion y de irresponsabilidad. Y todo cuanto en la Regencia le favorecia, la inercia, la neutralidad, el apartamiento de la política diaria, el abandono del poder á los designados por los partidos gobernantes, la indiferencia olímpica, todo le desfavorece en un cargo donde, asumiendo la responsabilidad, debe asumir tambien el pensamiento y la accion.

Nos quejábamos del anterior Presidente del Consejo, y todos los defectos de su política han sido agravados, al paso que han sido olvidadas sus altas cualida-

des. Él no dejára la mayoría en esa indisciplina que la destruye y en esa algázara continua que la desacredita. No consintiera en que jóvenes fogosos, ni por apasionados, ni por elocuentes, tomáran la direccion de la Cámara y la condujeran mil veces á despeñaderos terribles. Fatalista era, mas no al punto de dejarse siempre guiar por la inspiracion del momento, aun á riesgo de estrellarse. Imprevisor era, mas no hasta el extremo de no prever por la mañana lo que debia emprenderse y realizarse por la tarde. Ninguna idea definitiva tenía, pero tenía un partido, y le ha reemplazado quien no tiene ni partido ni idea. Hijo del pueblo, halagaba el sentimiento de igualdad nativo en las democracias, y no dijera en otro punto que sus abuelos habian matado muchos moros, ni aquí que era hombre de aristocracia y de raza, en presencia de nosotros, los plebeyos, que hemos cambiado el sentido de las genealogías históricas, y tenemos en más descender del trabajador, del esclavo, del siervo, del oprimido, que descender de la soberbia raza de los tiranos ociosos y de los opresores sangrientos. No se exaltára jamas aquel repúblico hasta competir en aturdimiento y en elocuencia furiosa con el Ministro de la Gobernacion, emulando sus ditirambos. Desengañado de las coaliciones, la política del general Prim hubiera consistido, y lo sé de sus labios, en dejar al partido conservador, gastado por largas épocas de mando, un tanto de reposo, para que se rehiciera y se organizára en la oposicion, llamando á fundar exclusivamente la Monarquía democrática á los dos partidos que han representado esta idea, al partido progresista, auxiliado por los antiguos demócratas. El Duque de la Torre, que debiera estar decididamente, ó en una oposicion templada y legal, ó en un Ministerio liberal, pero conservador, ha reclutado gentes de todos los partidos antiguos, borbónicos,



montpensieristas, conservadores, unionistas, progresistas, demócratas, y hasta socialistas, que han producido una crisis sin término, una interinidad sin solución, un caos sobre el cual no flota ninguna palabra creadora, un aquelarre de ideas, que cual todas las humanas aberraciones, sólo puede tras de sí dejar grandes é irreparables catástrofes.

Dirijámosle esta pregunta al Sr. Duque de la Torre: ¿Á qué vamos? ¿Vamos á fortificar los elementos conservadores? Sea en buen hora. ¿Qué hace en ese Ministerio el Ministro de Estado? ¿Vamos á fortificar los elementos democráticos? ¿Qué hacen, pues, en ese Ministerio los Ministros de Ultramar y de Gracia y Justicia? ¿Qué hace el mismo Duque de la Torre? Cualquiera diria que se ha propuesto conservar la interinidad perpétuamente. Hay en la vida de los repúblicos ciertos períodos que les deslumbran con sus espejismos, con sus recuerdos, y que quisieran repetir en todas las épocas de su mando. Al subir el general O'Donnell por última vez al poder, creyó conservarlo rodeándose en cuanto pudo de los hombres que le habian auxiliado durante los cinco años clásicos de la union liberal, sin considerar cómo habia cambiado la opinion y cómo se habian rudamente embravecido los ánimos. El Duque de Valencia pensaba siempre en restaurar los tiempos de 1843, y el Duque de la Victoria pensaba siempre en restaurar todo cuanto en 1843 se habia destruido. Y los que deseaban la conclusion de la interinidad, no la deseaban para que el Duque de la Torre dejase de llamarse Alteza, y el Duque de Aosta se llamára Majestad; ni la deseaban para que la parada, en vez de ser en la calle de Alcalá, fuera en la plaza de la Armería; la deseaban para salir de la incertidumbre y del marasmo; para saber si éramos una Monarquía ó éramos una democracia; para que nos rigieran

los elementos conservadores ó nos rigieran los elementos radicales; para acallar las zozobras de las altas clases ó para apagar la sed infinita que de justicia tiene el pueblo; para perpetuar la tutela administrativa del poder sobre las provincias ó para reintegrar á las provincias en su autonomía; para salvar la Hacienda ó por la imposicion de nuevos tributos ó por eficaces reformas económicas; para salir, ó por la puerta de los privilegios, ó por el arco triunfal del derecho, á un espacio despejado, á un tiempo normal, que pusiera cada partido en su centro de gravedad, y cada interes político en su órbita necesaria, cayendo en ruinas esta Babel, donde, si no se han confundido las lenguas, se han confundido algo más esencial á la vida, se han confundido todas las ideas.

¿Ha cesado la interinidad? Si ha cesado, ¿en qué se conoce? Yo lo pregunto, no á los partidos, sino al corazon y á la conciencia de la Cámara. ¿Se conoce en el sistema, en el plan, en el ideal político? Nunca fué tan contradictorio. ¿Se conoce en la fijeza de los empleos públicos? Cambian con una movilidad verdaderamente revolucionaria. ¿Se conoce en el respeto al Código fundamental? Trece artículos hay violados. ¿Se conoce en el desahogo de la Hacienda y en el restablecimiento del trabajo? Rentistas, clases pasivas, industriales, trabajadores, quéjanse á una, y en voz alta, de la paralización de todas las transacciones. ¿Se conoce en el aplacamiento de los partidos, en la renuncia á sus esperanzas inmediatas, en el reposo despues de la fatiga de dos años? Nunca los partidos estuvieron más sobreexcitados, nunca las esperanzas de todos tan vivas, nunca las utopias con tan soberana influencia, nunca las pretensiones tan imperiosas, ni tan confiados los pretendientes. ¡Ah! Es una interinidad más cara, con Rey en vez de Regente, con treinta y tres millones



de lista civil en vez de un millon; pero es una interinidad larga, angustiosa, á cuyo término hay una revolucion ó una reaccion, pero siempre una guerra civil.

Y esta grande calamidad ha sobrevenido á mi Patria porque aquellos que se llamaban á sí mismos sus salvadores, han querido curarla con una entelequia, con un ente de razon, con un sistema que en ninguna parte existe, ni en Bélgica, ni en Inglaterra, ni en Portugal; con una Monarquía democrática, que no inspira, como las Monarquías verdaderas, esa fe, ese respeto, ese grande sentimiento de propia abnegacion, ese culto por una persona, por una familia, esas virtudes que crean la estabilidad social; ni inspira, como las verdaderas democracias, ese espíritu innovador, esa confianza en el sentido público, ese afan por las reformas, ese llamamiento continuo á la opinion universal, ese respeto al libre pensamiento y á la libre conciencia, que hace á las democracias tan aptas para todos los progresos. Este régimen es artificial, producto de combinaciones arbitrarias, de transacciones imposibles, de una cábala que nadie puede comprender, y se diferencia del verdadero régimen monárquico, del verdadero régimen democrático, cual se diferencia el sofisma del raciocinio, la alquimia de la química, la astrología de la astronomía, el error de la ciencia, el artificio de la fecunda y próspera y sencilla naturaleza.

En la sociedad no hay empresa que sea tan dificultosa como la empresa de fundar y establecer un nuevo régimen. Las fuerzas de cien Hércules se han gastado en esta titánica obra. Un gran fisiólogo social ha estudiado profundamente estas crisis. Todas las instituciones nuevas nacen con extraordinaria debilidad. Tienen poderosos enemigos en aquellos que del antiguo régimen y de las antiguas leyes se aprovechaban; tibios ami-

gos en los mismos innovadores, en quienes la costumbre de obedecer leyes viejas ha engendrado como una segunda naturaleza, y un enemigo poderoso, invencible, en la indiferencia y en la incredulidad universal, que no conocen la bondad de las instituciones mejores hasta que no la han aprendido por el criterio de la experiencia. Así sucede que las leyes nuevas, las reformas progresivas sean atacadas con una gran violencia y defendidas con una gran tibieza. ¿Lo dudais? ¿Cómo atacan hoy los Obispos las reformas eclesiásticas? Y, ¿cómo las defiende el Sr. Ministro de Gracia y Justicia? Por esta razon todo nuevo régimen necesita buscar el apoyo de ideas exaltadas hasta el fanatismo, ó de intereses sin los cuales no sea posible vivir á un pueblo entero ó á una clase del pueblo. Nuestra revolucion del 12 se fundó en la fe liberal que habia inspirado á todas las grandes almas el espectáculo maravilloso del siglo XVIII, el siglo más fecundo en ideas que registra la historia. Nuestra revolucion del 36 se fundó en los intereses de la desamortizacion, que creaba nuevos propietarios, enemigos del antiguo régimen, porque el antiguo régimen significaba las manos muertas, la vinculacion, el mayorazgo. La revolucion del 12 se fundó en ideas; la revolucion del 36 en intereses. ¿Y vuestra revolucion? Las dos únicas innovaciones, el sufragio universal y los derechos individuales, las dos únicas innovaciones, han caido en corrupcion ó en desuso. Y en cuanto á intereses, habeis traído á todas las clases la ruina universal. Así llevais los monárquicos tres años de Gobierno, ¿cerca de tres años! ¿Y qué nuevos amigos habeis aportado á este régimen híbrido? Ninguno. La Monarquía nació, no de grande exaltacion monárquica, sino del deseo de atraer las clases conservadoras. ¿Las habeis atraído? ¿Cuántas y cuáles son las clases conservadoras? Son



tres: son la Iglesia, la gran propiedad, que se divide en la alta aristocracia, y la alta banca. ¿Os habeis atraído esas clases? No. La declaracion monárquica las tuvo un momento á vuestro lado; el Monarca las ha separado por completo. En vano, ministeriales, os arrastrais á los piés del clero; en vano poneis sobre vuestra conciencia racionalista y sobre vuestro corazon, donde la antigua fe ha muerto, el agua bendita; en vano envoleis vuestras ideas de rebelion y de independencia civil en nubes de incienso; el clero, que os conoce; el clero, que os maldice; el clero, que os condena más que á todos nosotros, sus enemigos naturales, responde como respondia Gregorio VII en el castillo de Canosa á la penitencia y al arrenpentimiento del Emperador Gibelino, con una excomunion que mata vuestro híbrido eclecticismo, y derrite y funde sobre su frágil trono su vuestro mezquino ídolo.

Si hubiérais sido revolucionarios, no os pasára eso. Nosotros sabemos que un Estado democrático no puede llevar en sus entrañas una Iglesia privilegiada, y lo separamos completamente de la Iglesia. En el mundo social todas las instituciones nacen bajo la maldicion de las instituciones que las han precedido. La Sinagoga nació bajo las maldiciones del Egipto; la Iglesia bajo las maldiciones de la Sinagoga; la democracia bajo las maldiciones de la Iglesia. Convencidos de esta verdad, nosotros separariamos el Estado democrático de esa institucion. Pero vosotros, que habeis conservado la Monarquía y la Iglesia privilegiada y asalariada, para atraeros al clero, ¿os lo habeis atraído? No; le teneis enfrente más implacable que nunca. Inútil otra demostracion para probar lo inane, lo estéril de vuestra política.

Pues si teneis enfrente al clero, ¿teneis á vuestro lado las otras altas clases conservadoras? Yo ignoro si

en esta observacion de la vida política diaria y corriente á que nuestro cargo nos condena, habrá atraído la atencion de otros señores Diputados, como ha atraído mi atencion, el interes inmenso dado en los primeros dias del advenimiento del Rey á las manifestaciones políticas de la aristocracia. Hubo cambios de trajes; mascaradas insultantes é injuriosas; palabras duras de la prensa ministerial á damas que debian ser sagradas en esta tierra de la caballeridad y de la gentileza. La diputacion permanente de la nobleza se disolvió con aplauso de unos, con escándalo de otros, pero con una intencion y un propósito conocidos de todos. Los conservadores contaban á centenares los nombres de los grandes que jamas parecerian por Palacio. Los ministeriales contaban con los dedos las tres ó cuatro familias nobles que acudian á sostener y realzar el Trono democrático. Lo cierto es que el cambio de trajes habíase elevado á la altura de una cuestion política. Y de tal intencion, que los ministeriales organizaron una mascarada injuriosa y ridícula, y que esa mascarada apareció sostenida por elementos oficiales, y apoyada por el macero de la Monarquía democrática, por la partida de la Porra. Todo esto venía á decir que se daba grande importancia á las manifestaciones políticas de la aristocracia.

Yo, señores Diputados, me he preguntado: ¿cómo la aristocracia recobra esta perdida influencia? Conozco individuos de la aristocracia que pueden presentarse en el tiempo presente modelos de cultura; conozco nobles igualmente ilustres como puede presentarlos cualquiera otra aristocracia; yo no quiero ofender á ninguna clase; pero la aristocracia en España, como institucion social, no ha tenido una muy brillante historia. Imposible la aristocracia en nuestras primitivas tribus patriarcales; difícil cuando España fué una gran



provincia romana, y sus gentes razas conquistadas y uncidas al carro del inmenso Imperio; poco fuerte entre aquellos godos que al llegar á nosotros habian pasado por el Imperio de Bizancio y convertido á su usanza en palatina y cortesana la nobleza; más atrevida y más influyente bajo el arrianismo positivista y protector de los elementos civiles que bajo el catolicismo, religion democrática impuesta por los vencidos celto-romanos á sus vencedores los bárbaros; gastada la aristocracia en los días que preceden á la catástrofe de Guadalete; más poderosa durante la reconquista en las tierras quebradas de Navarra y Cataluña, donde los riscos invitan á levantar castillos feudales, que en las tierras llanas de Castilla, donde las planicies exigen el ser defendidas por libres y democráticos municipios; inquieta y turbulenta en las minoridades Reales, cuando los Vélez, los Laras, los Castros siembran á los cuatro vientos las guerras feudales; maldecida en nuestra epopeya popular por los cantores del Cid, que han entregado á eterno ódio los Condes de Saboya y los Infantes de Carrion; maldecida por nuestro teatro, que ha inmortalizado en el *Rico hombre de Alcalá*, en la *Prudencia en la mujer*, el ódio á los nobles, como Esquilo y Sófocles y Eurípides inmortalizan en su teatro el ódio á los persas; combatida por Alfonso VIII, que la amenazó en Cuenca; por San Fernando, que puso contra su arbitraria jurisdiccion los merinos en las villas y los adelantados en las fronteras; por Alfonso X, que alzó sobre sus guerras y pendencias, sobre sus hazañas y albedríos, la unidad de la legislacion en el Código inmortal de las Partidas; por Sancho el Bravo, que clavó sesos de la nobleza en los cuarteles de su escudo; por Alfonso IX, que escribió en su contra el *Ordenamiento de Alcalá*; por Pedro el Cruel, que sació en sus venas la sed inextinguible de sangre;

por Isabel la Católica, que le arrebató las maestranzas de las órdenes militares; por Carlos V, que la expulsó de los Estamentos; la aristocracia, despues de haber dejado sucumbir á Padilla en Villalar y á Lanuza en Zaragoza; despues de haber sido familiar de la Inquisicion con Carlos II, cortesana y palatina con los Borbones, plebeya con María Luisa y Godoy, dando asunto á los cuadros revolucionarios de Goya y los sainetes más revolucionarios todavía de D. Ramon de la Cruz; cómplice en su mayor parte de los atentados de Bayona é incapaz de fundar una Cámara alta al establecimiento del régimen parlamentario; la aristocracia no podia en el siglo que ha visto morir á Venecia, Hungría y Polonia, las tres naciones aristocráticas; en el siglo que ha visto perderse la aristocracia en América por la emancipacion de los esclavos, en Rusia por la emancipacion de los siervos, hasta en Turquía por el licenciamiento de los jenízaros; en el siglo que cuenta entre sus momias los descendientes de los soldados de las cruzadas recluidos en el barrio de San German, y que se propone no perdonar á la misma nobleza británica; en este siglo de igualdad, la aristocracia no podia renacer, levantar su influjo en nuestra España, la ménos aristocrática de todas las naciones europeas, sin que pareciese una especie de muerto resucitado, reaparecido, cuya presencia en nuestras luchas políticas no podia comprender la razon ni explicar satisfactoriamente la historia, sino por uno de esos errores que matan las más grandes revoluciones, por uná de esas inconsecuencias que destruyen y malogran los días más propicios de la democracia en la historia. ¿Qué inconsecuencia ha cometido la democracia, me pregunta mi aristocrático amigo el Sr. Marqués de Sardoal? Se lo voy á decir. La democracia ha cometido la inconsecuencia de crear sobre sus derechos individuales y so-